

De la discusión sale la luz...
(Para una socialista de buena intención)*

Contestó, en “El Socialista” del primero de este mes, Julia Vega Elejalde, a mi carta abierta publicada en el número 85 de LA VOZ DE LA MUJER y quiero recoger y comentar algunos extremos de gran importancia para la causa feminista.

Me gusta la discusión, porque es el único medio de poner en contraste las ideas y que de ellas salga *más luz*. No discuto nunca por tener razón, ni busco por mí misma ninguna discusión. Si viene, la sostengo y la razono sin apasionamientos de ninguna clase.

No sé si en esta ocasión estará más en lo cierto la escritora socialista, lo estará yo, o bien no estemos ninguna, y de esta noble polémica nos convenzamos una y otra de equivocaciones mutuas.

Yo soy una mujer de fe, forjada en el yunque del trabajo, que animada del ideal, que en estas columnas sostengo, voy con la antorcha encendida buscando adeptos.

Mi deber, en nombre del ideal, es llamar a la puerta de los corazones y de los cerebros de todas las mujeres, sean rojas, amarillas, blancas o de cualquiera color, que esto de los colores no es obra nuestra, sino el reflejo de las columnas en que nos apoyamos. Así, a las socialistas se les atribuye el color rojo porque anhelando el nuevo nacimiento social prevén, quizá, o por lo que temen otros, que no hay parto sin sangre. A las burguesas, el color amarillo por el reflejo del bienestar que les da el oro. A las de la clase media el blanco, porque carentes de ideologías no se significan en nada, aun careciendo de todo. Dice Julia Vega que “si las mujeres que luchan y trabajan no se sumaran al Socialismo, no serían otra cosa que rebaño inconsciente, sujeto por el rutinarismo [sic] a la sumisión del mandato de los malos pastores, interesados en que persista la división social con sus clases y castas para hacer más efectivo el dominio sobre los pueblos.”

Con esto, parece indicar que no es posible que la mujer pueda vivir independiente y que al huir de un extremo fatalmente tenga que irse al opuesto.

* Artículo aparecido en *La voz de la Mujer*, n° 87, 19/7/1925, p. 1. *Celsia Regis* aquí, contestando a un artículo publicado en *El Socialista* a raíz de una carta de la misma *Regis*, (“Carta abierta para la Marquesa de Casa Pelayo”, *La Voz de la Mujer*, n° 82, 1/5/1925, pp. 2-3) rechaza la idea de la existencia de una separación rígida, entre las mujeres que se rigen por diferentes ideologías, que impediría su colaboración. Además, *Regis* trata de compaginar su postura católica con lo que ella denomina “Socialismo puro” y, abogando por la dignificación del trabajo femenino, denuncia la explotación de las obreras.

Añade luego que “estima imposible toda armonía entre las esclavas del trabajo y las señoras de la holganza adueñadas de la riqueza; entre los fanáticos intransigentes y los respetuosos de las creencias de los demás.” Y termina diciendo que “no se esfuerce en conseguir *el frente único*, sin distinción de clases ni ideología pues todo empeño en el sentido de una armonización de elementos antagónicos por sus fines, opuestas y encontradas doctrinas, será tan baldío como el de dar voces en la Alcudia.”

No estoy conforme con esto: las mujeres que luchan no precisan irse a ningún campo, sino sembrar en el suyo propio y en él espigar.

Esto no quiere decir que vayamos contra el hombre ni contra ningún partido ni tendencia masculina, sino a favor de nuestra causa: de la causa de la mujer.

Todo el que no respeta las ideas ajenas es fanático y el fanatismo no es bueno, porque es desconocimiento de doctrina, supremacía de la forma sobre la idea.

Yo soy católica porque hasta ahora no encontré una doctrina más pura que la consignada en el Evangelio; doctrina que emancipó a la mujer de la esclavitud; doctrina que es amor y caridad, igualdad social, socialismo puro. Y en este socialismo aprendí tolerancia y los derechos de mi sexo.

La mujer que estudia y trabaja, se impone, por sí misma, por su consciencia y producción, en la familia y en la Sociedad. Y por esto infiero, fiada en mi propia experiencia, que no son los hombres los que emancipan a la mujer, sino la doctrina misma, que en el fondo coincide.

No habría tiranos si no hubiera cobardes; la mujer debe ser fuerte para luchar, sin provocar al hombre. Es nuestra misión cooperar, o imponer el reinado del amor y de justicia, y cuando esto hagamos no debemos de temer el que quieran esclavizarnos, y mucho menos a las mujeres que *luchamos y trabajamos*. El feminismo patrocinado por el hombre no tendrá otra vida que la que el hombre quiera darle o la que dé al desarrollo de sus propias ideas. El feminismo llevado por nosotras llegará a imponer el reinado de la luz de la verdad, que será la aquilatación [sic] de los valores de la media Humanidad hoy irredenta.

¡Ah! si la mujer se percatara de lo que en sí lleva, qué pronto se aprestara a agruparse para su propio bien y el de la Humanidad entera.

Todo vive a costa de la mujer, el comercio y la industria acaparan a la obrera y con mezquinos salarios ponen a la venta mil objetos que a precios elevados venden a las mujeres adineradas, esquilmando sus bolsillos. ¿Por qué se enriquecen los fabricantes de

perfumes? ¿Por qué los joyeros? ¿Por qué los grandes modistos y tantos otros que con el trabajo, el hambre, los vicios y la vanidad de la mujer trafican?

¡Cuántas lágrimas femeninas esconden la pastilla de jabón con que nos lavamos, la camisa o pantalón que compramos hechos, las baratijas con que nos adornamos!

El hombre ya no sabe qué estudiar que pueda ser punto explotable en la mujer.

Y nosotras impasibles, en nuestro caro sueño de inercia y de holganza y fiadas con que el hombre nos va a emancipar. Nos emancipará, sí; pero en todo aquello que a él le convenga.

La obra de la mujer tiene que ser hecha por ella misma, porque no es la obra del hombre, sino obra muy distinta, aunque sí de complemento sin competencias ni recelos.

No cree la escritora socialista posible la unión de las mujeres de distintas ideologías - dice -. En esto tiene razón: tampoco yo lo creo, porque esas no son feministas.

El feminismo no tiene más que un fin, una sola tendencia: la regeneración y rehabilitación de la mujer. La que a nuestro llamamiento no acuda es que no es mujer, es esclava de la conveniencia o del prejuicio.

El feminismo hoy está en su nacimiento, no importa que las mujeres de ahora no respondan, sería demasiado pedir que despertaran tan pronto y fuera inmediato el éxito; a mí no me satisfacen los éxitos repentinos.

El fruto en flor no es aprovechable, hay que esperar a que madure y madurando va en los Institutos, Escuelas de Comercio y Universidades donde el número de mujeres que acuden a estudiar es cada día mayor.

Si la idea es buena, fructificará; soy mujer de fe y creo en el milagro de la perseverancia.

Celsia Regis